



Hermanas Dominicas del Ssmo. Nombre de Jesús

Título: *Fray Ángel María Boisdron, un misionero con los ojos abiertos*

Texto: Cynthia Folquer - Rossana Aguilar

Ilustraciones: Valentina Aguilar

Diseño y diagramación: Rossana Aguilar

Colección Dominicana

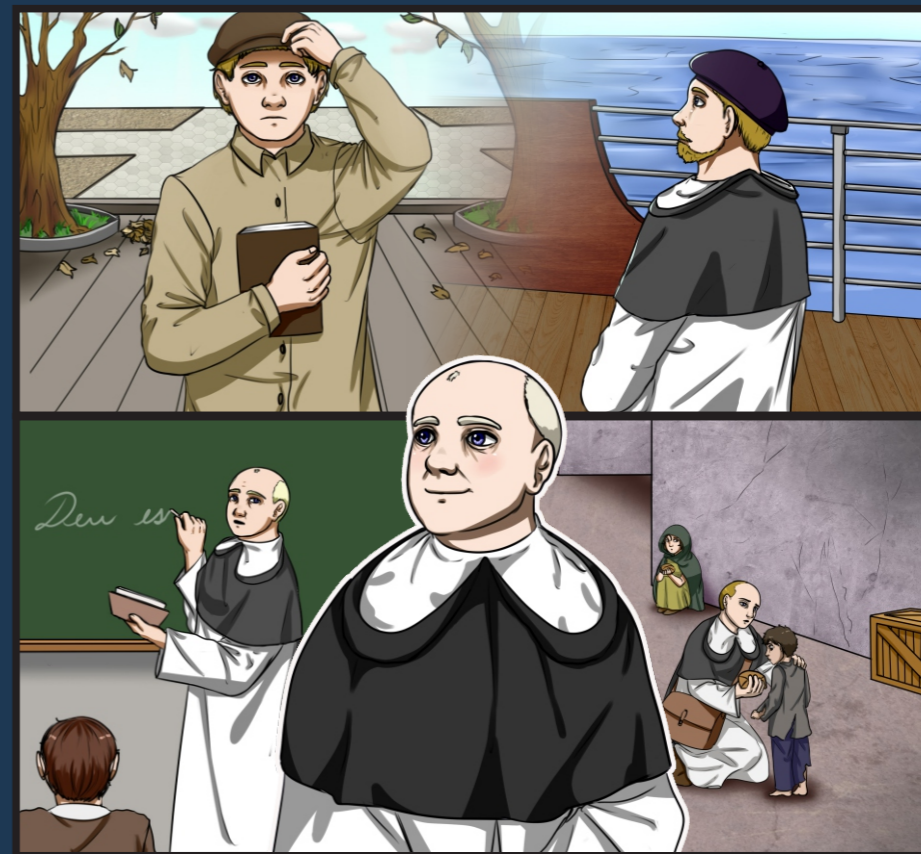
1ª edición ilustrada - San Miguel de Tucumán: Fundación Elmina Paz Gallo, 2018.

ISBN: 978-987-27139-1-1

Impreso en Agosto de 2018 en los talleres de Gráfica NOA
San Miguel de Tucumán - Argentina



Fray Ángel María Boisdron



Un misionero de ojos abiertos

Fray Ángel María Boisdron
Un misionero de ojos abiertos



Fray Ángel María Boisdron, un misionero con los ojos abiertos / Cynthia Folquer ; Rossana Aguilar ; ilustrado por Valentina Aguilar. - 1a ed. ilustrada. - San Miguel de Tucumán : Fundación Elmina Paz Gallo, 2018. 32 p. : il. ; 15 x 21 cm. - (Colección Dominicana / Cynthia Folquer ; Rossana Aguilar ; 1)

ISBN 978-987-27139-1-1

1. Biografías. I. Aguilar, Rossana II. Aguilar, Valentina, ilus. III. Título.
CDD 271.0092

Fecha de catalogación: 02/08/2018



Hermanas Dominicas del Ssmo. Nombre de Jesús

Título: *Fray Ángel María Boisdron, un misionero con los ojos abiertos*

Texto: Cynthia Folquer - Rossana Aguilar

Ilustraciones: Valentina Aguilar

Diseño y diagramación: Rossana Aguilar

Colección Dominicana

1ª edición ilustrada - San Miguel de Tucumán: Fundación Elmina Paz Gallo, 2018.

ISBN: 978-987-27139-1-1

Impreso en Agosto de 2018 en los talleres de Gráfica NOA
San Miguel de Tucumán - Argentina



Hermanas Dominicas del Ssmo. Nombre de Jesús

ISBN: 978-987-27139-1-1

Impreso en Agosto de 2018 en los talleres de Gráfica NOA
San Miguel de Tucumán - Argentina

Queridos jóvenes: probablemente muchos de ustedes no me conozcan demasiado por eso quiero presentarme y compartir un poco de mi vida y mis experiencias, contarles como fui aprendiendo a seguir a Jesucristo y a comprometerme desde la Iglesia y la Orden Dominicana con la realidad social que me tocó vivir.

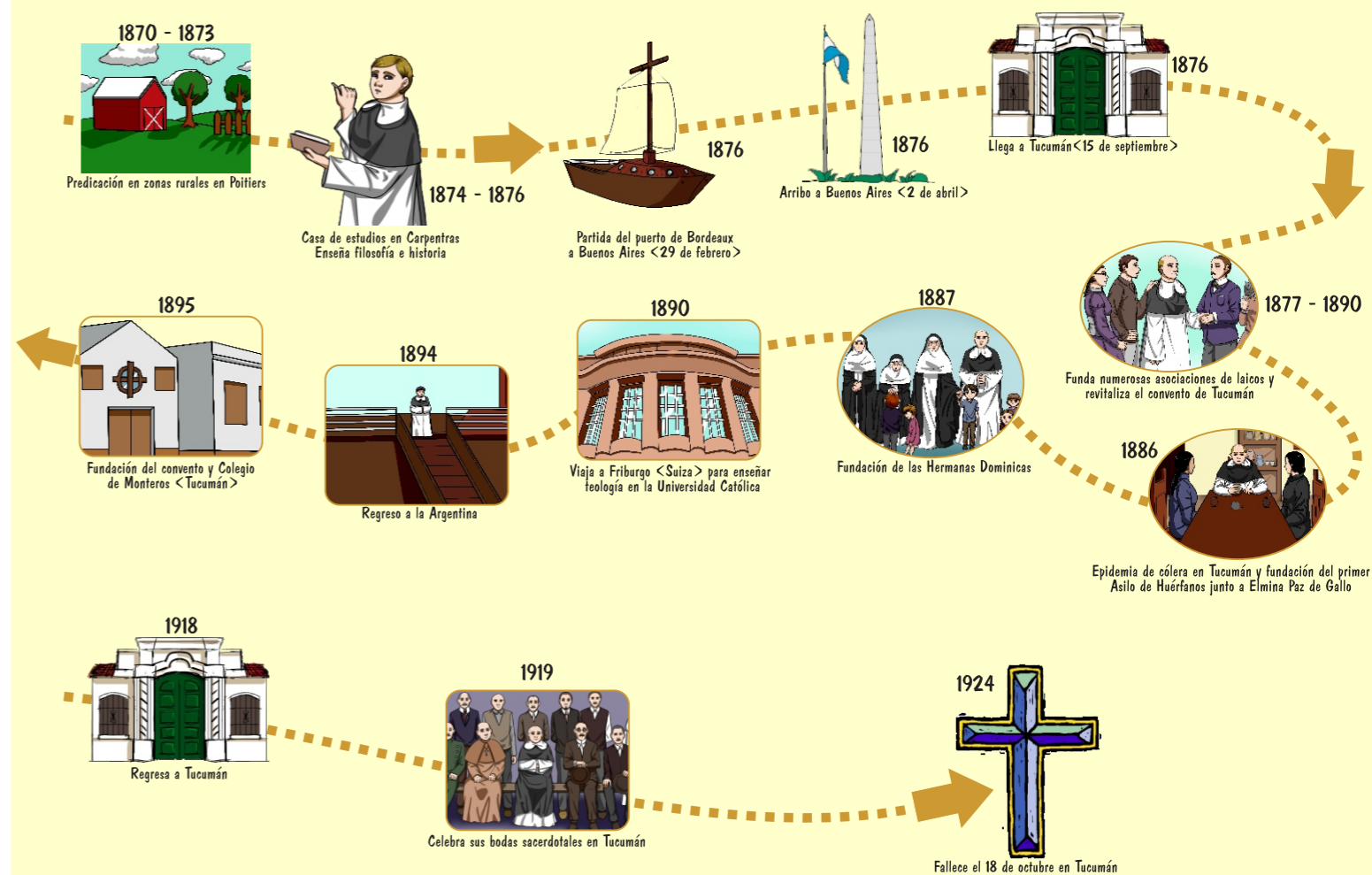
Todos me conocen más como Fray Ángel María Boisdron, Fray Ángel o el Padre Boisdron; en realidad este es el nombre que asumí cuando ingresé a la Orden de los Dominicos, pero el nombre que eligieron mis padres cuando me bautizaron fue Jean Adrien Boisdron.



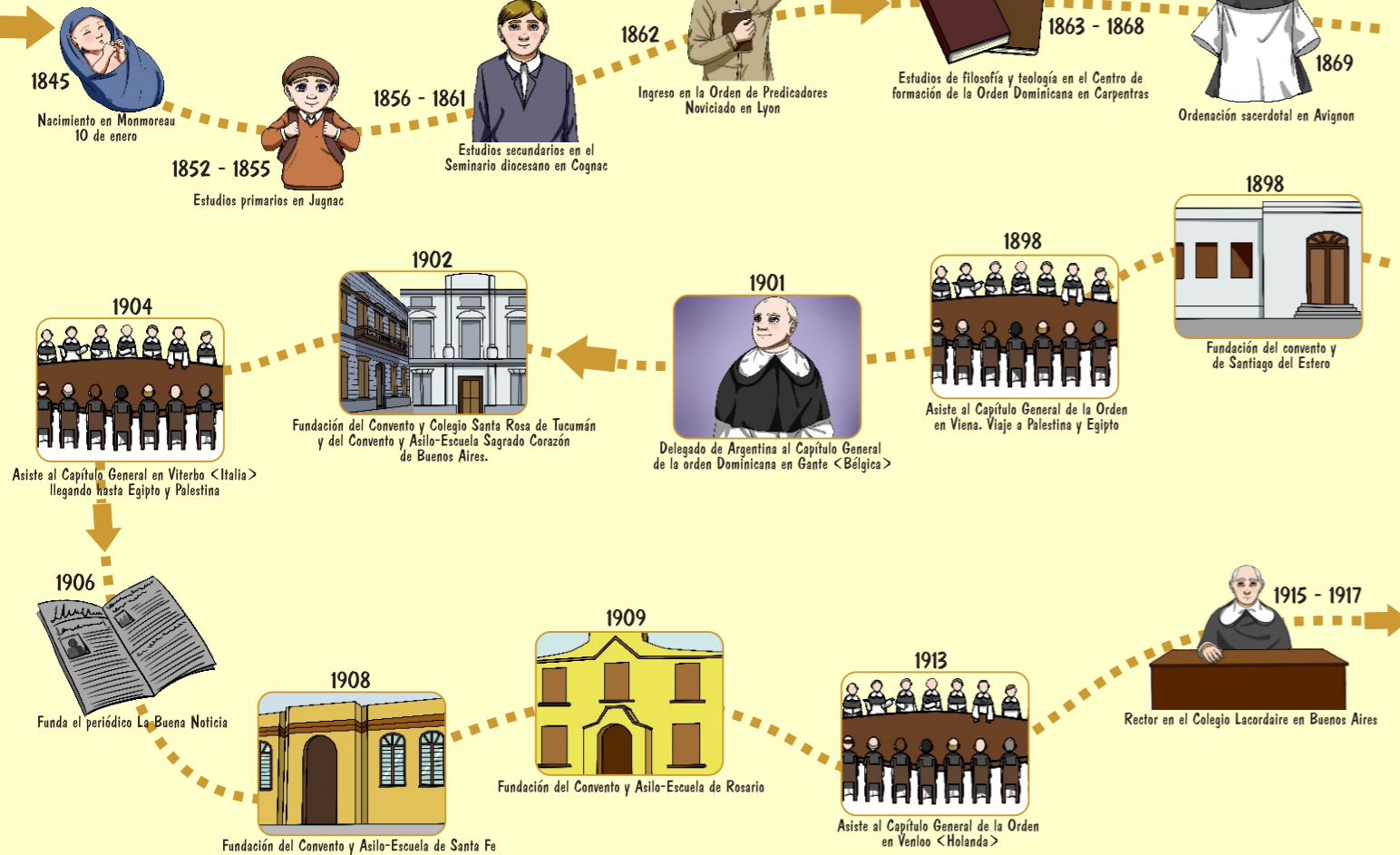
Nací el 10 de enero de 1845 en Francia, en un pueblito llamado Montmoreau, en la provincia de Charente, que tenía como capital a la hermosa ciudad de Angoulême.



Tuve seis hermanos: Catherine, Pierre, Jean, Joseph, François y Menäide Paulonie; mi padre fue Pierre Boisdron y mi madre Leonard Brunet.



Cronología de la vida de Boisdrón



Como muchos de ustedes saben, el 1789 se produjo la Revolución Francesa a la cual le seguirían otras revoluciones y grandes cambios en el mundo moderno. Esto generó mucha inestabilidad, profundas transformaciones sociales y una gran pobreza en mi país.



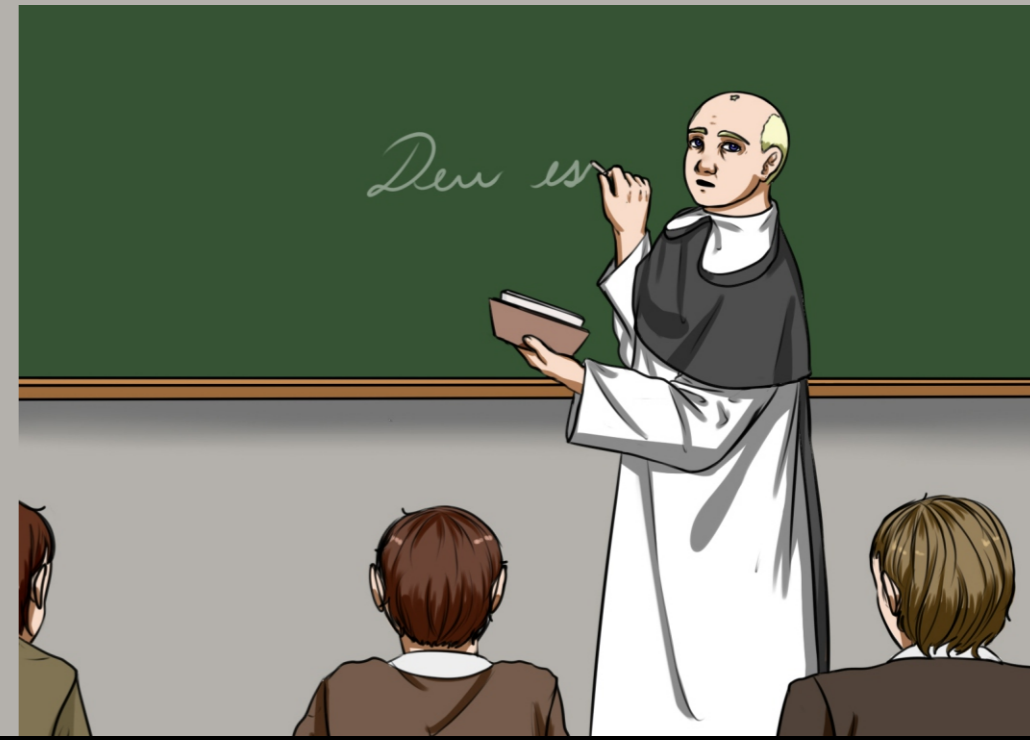
Yo fui creciendo en ese contexto; pude experimentar el dolor de la guerra, el hambre y la pobreza. Muchas personas desvalidas morían por el frío y el hambre; cientos de niños fallecieron también víctimas de las enfermedades. A esto se sumaron los escasos servicios de salud con que se contaba en esa época.

Mi familia no fue la excepción frente a esta situación, tres de mis hermanos murieron a temprana edad, fue un gran sufrimiento para mis padres. A pesar de ello, siguieron trabajando y luchando para que pudiésemos tener los cuidados necesarios y sobre todo una buena educación, lo que era un privilegio en aquel tiempo.



Mamá era ama de casa y mi papá cartero rural, éste era un oficio muy respetado ya que muchas personas no sabían leer ni escribir y él podía hacer posible que los mensajes, las noticias y las informaciones llegasen a casi todo el pueblo.

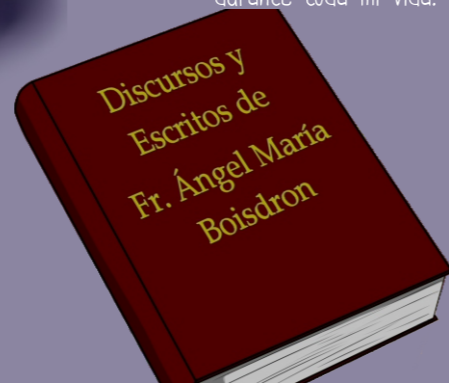
Continué trabajando, predicando y estudiando en Tucumán, en este rincón del mundo donde Dios me regalaría la posibilidad de que mi vida se mezclara entre el verde de los cerros y la calidez de los amigos.



El Padre Ángel María Boisdron falleció en Tucumán el 18 de octubre de 1924, sus restos descansan en la capilla del Dulce Nombre de las Hermanas Dominicas en San Miguel de Tucumán junto a la Madre Elmina Paz Gallo.



Los últimos años de mi vida residí en Tucumán y al celebrar mis bodas de oro sacerdotales en 1919, pude hacerlo con los amigos de esta provincia, nunca olvidaré tantas muestras de afecto que quedaron guardadas en la memoria de mi corazón. Fue entonces que Ernesto Padilla, Juan B. Terán y otros jóvenes me obsequiaron la publicación de un libro que reunían muchos de los discursos y escritos que yo había realizado durante toda mi vida.

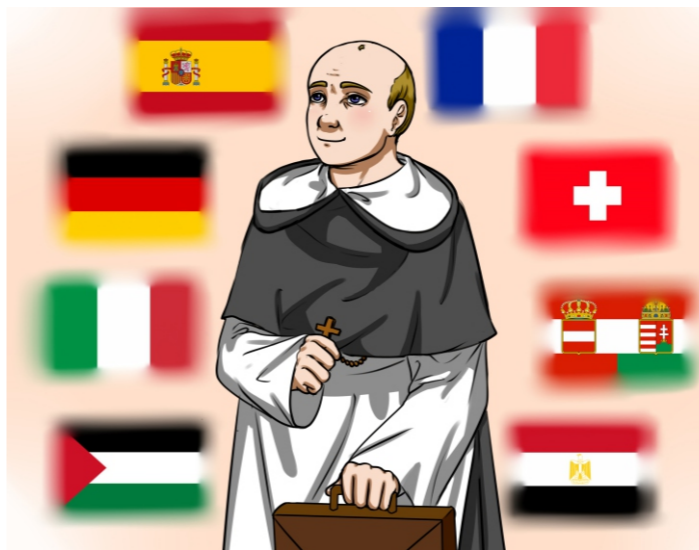


Preocupados por brindarme una buena educación, mis padres me llevaron a la escuela de mi pueblo para que pueda aprender a leer y a escribir y luego me enviaron a un pueblo vecino llamado Jugnac para asistir a una pequeña escuela parroquial, allí aprendí a dar los primeros pasos en mi formación general, estudiando también latín y griego.



Luego con mucho esfuerzo, mis padres me impulsaron a realizar mis estudios secundarios Cognac, donde funcionaba el seminario de la diócesis de Angoulême, con la secreta intención que yo eligiera la carrera sacerdotal.

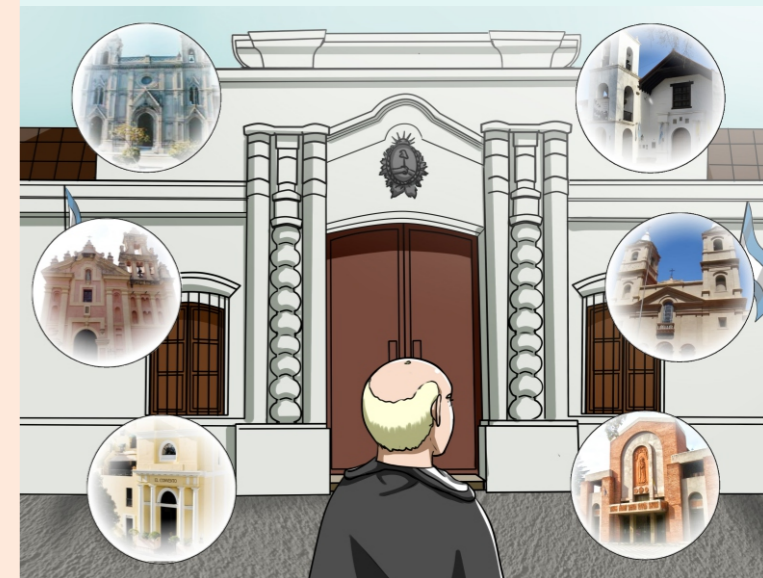
Mientras yo estudiaba allí, conocí a un fraile dominico, al Padre Mateo Lacomte, quien solía predicar los ejercicios espirituales a los alumnos del seminario. A través de él conocí la Orden de Predicadores y me sentí muy atraído a elegir ese estilo de vida, lo que me motivó a dejar el seminario y solicitar el ingreso al noviciado a la Orden de Predicadores.



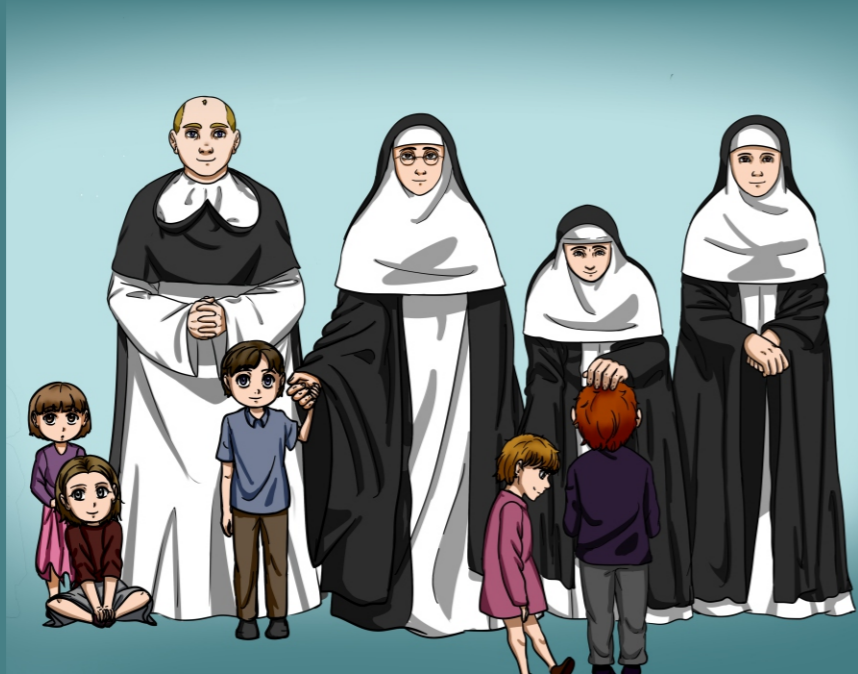
En 1890 y 1894 me pidieron que viaje a Friburgo (Suiza) para ser profesor de Teología en la nueva universidad que se acababa de fundar.

Y con motivo de participar en los Capítulos Generales, hice varios viajes a Europa, llegando incluso a Egipto y Palestina

Pero era en Tucumán donde sentía que había echado fuertes raíces y tuve la posibilidad de regresar varias veces y vivir allí en diferentes oportunidades. Como fui dos veces Superior de los dominicos en la Argentina visité los conventos de Santiago del Estero, Córdoba, Mendoza, San Juan, Santa Fe, La Rioja y Buenos Aires, estos recorridos me ayudaron a dimensionar la gran riqueza y diversidad del pueblo argentino.



Es necesario tener la sabiduría y la humildad para discernir cuándo habla Dios y qué nos pide, sabiendo además que solos no podemos hacer nada, los proyectos se construyen junto a otros y yo aprendí de Elmina que, para hacer cosas buenas, necesitamos de los amigos.



Acompañé a las hermanas dominicas en la fundación de asilos, conventos y colegios en diferentes provincias de Argentina, al mismo tiempo que continuaba asumiendo mis tareas como fraile predicador, publicando artículos en la prensa, dando clases y acompañando a los diferentes grupos de laicos que se sumaban en el compromiso evangelizador.

En aquella época, estudiar en el seminario y ser sacerdote era una oportunidad para ayudar económicamente a mi familia y mis padres tenían muchas expectativas en eso, en cambio, ingresar a la orden de Predicadores como religioso implicaba hacer voto de pobreza, con lo que no iba a poder ser el sostén económico que ellos esperaban.



Sufrí mucho al no sentirme acompañado por mis padres y sentía dolor por no poder satisfacer las expectativas que ellos tenían sobre mí.

Viví momentos de mucha ansiedad y angustia pero yo deseaba profundamente conocer la voluntad de Dios en mi vida. Tengo presentes todavía aquellas horas muy dolorosas en las cuales aceptar el llamado de Dios o rechazarlo me provocaba la misma confusión.



Las conversaciones con el padre Lacomte y las cartas que intercambié con él durante ese tiempo, me ayudaron a tomar la decisión definitiva y manifestarle a mi padre la resolución de ingresar al noviciado de los Padres Dominicos. Siempre es bueno contar con el acompañamiento de alguien que nos ayude en nuestros discernimientos!

Finalmente en 1862 ingresé a la Orden de Predicadores y realicé mi Noviciado en Lyon. Luego estudié filosofía y teología en el Centro de Estudios de la Orden Dominicana en Carpentras y el 1869. Fuí Ordenado Sacerdote en Avignon.



A ese gesto valiente y generoso de Elmina se sumaron un grupo de colaboradoras. Recibieron a los niños en la casa de Elmina, los amaron como hijos propios y los ayudaron a crecer. Ese amor se hizo tan grande que no bastó con entregarse a estos niños, sino que decidieron entregarse también a Dios.



Fue así que un tiempo después la señora Elmina y aquellas amigas que la acompañaron en esta obra, se comprometieron a vivir como mujeres consagradas a Dios.

Tuve la gracia, la responsabilidad y el compromiso de acompañar a este grupo de mujeres en la preparación espiritual y en la organización de lo que, al poco tiempo sería la Congregación de las Hermanas Dominicas del Santísimo Nombre de Jesús.

Y decidí ir a visitar a Doña Elmina Paz Gallo, quien estaba viviendo en una quinta en las afueras de la ciudad, donde intentaba recuperarse del reciente fallecimiento de su esposo, Don Napoleón Gallo. En la quietud del paisaje y alejado un poco de toda la convulsión en la ciudad, aproveché también para rezar mucho por todo lo que estaba pasando. Mientras tomábamos unos mates le comenté a la señora de los trágicos acontecimientos en la ciudad y confiando en esa inmensa generosidad que siempre la caracterizó, me animé a preguntarle:



“Usted señora, podría hacer algo por estos niños pobres?”, yo esperaba una colaboración con algo de dinero como para poder comprar algunas medicinas, alimentos o ropa para los niños huérfanos ella permaneció en silencio unos instantes, me miró a los ojos y me dijo: “Mi Padre, a los niños pobres los ayudaré no sólo con mi dinero, sino con mi vida toda. Yo los cuidaré, mi casa será la de ellos”. Ahora el silencio era mío, era evidente que Dios hablaba y actuaba en ella.



Entre en 1870 y 1871 se produjo la guerra entre Francia y Prusia, y tuve la triste noticia que mi hermano Pierre, quien era soldado francés, había muerto.



En ese tiempo yo vivía en el convento de Poitiers en donde me dediqué a las misiones rurales en zonas cercanas a la ciudad. Tres años después regresé a Carpentras y allí asumí la docencia en filosofía e historia de la iglesia. Estando en ese convento recibimos la visita de un fraile de Argentina, Reginaldo Toro, quien nos invitó a los más jóvenes a viajar a ese país, para colaborar con la predicación.



Un 29 de febrero de 1876, dejé mi Francia natal y partí hacia América Latina, con muchas expectativas pero también con cierta nostalgia. Navegamos un largo mes hasta arribar el 2 de abril al Puerto de Buenos Aires.



Argentina me recibió con la misma calidez que recibía a tantos extranjeros e inmigrantes que por diferentes motivos arribaban a estas tierras.

Yo no podía ser indiferente, no podía cerrar las ventanas de mi convento y esperar a que la epidemia pasara; esos niños solos, apartados por temor al contagio, necesitaban no sólo medicinas, casa y comida; necesitaban abrazos, cariño, amor



Salí a la calle, era urgente hacer algo concreto porque ese dolor no se curaba sólo con buenas intenciones y hermosas palabras, era necesario comprometerse!!!

Una de las experiencias más fuertes que me tocó vivir en Tucumán fue la devastadora epidemia de cólera en 1886. Eran imágenes aterradoras, las personas con miedo y a la vez desconcertadas, tratando de salvarse y huir de la peste; muchos no pudieron lograrlo y lamentablemente los más vulnerables, los más pobres y desamparados fueron las primeras víctimas.



Las farmacias cerraban sus puertas, los pocos hospitales no daban abasto, las calles desoladas y las casas oscuras cuanta impotencia y dolor!!

Unos meses después, en septiembre de 1876 me destinaron al convento de Santo Domingo en la provincia de Tucumán. Durante el viaje, a medida que el camino avanzaba, el paisaje cambiaba mágicamente en sus dimensiones, colores y formas; la gran ciudad y su inmenso Río de la Plata se fue perdiendo en el horizonte y un precioso cielo azul con coloridos cerros, iban abrazando mis sentidos, junto al verde intenso de los árboles y la exuberante vegetación de esa región tan selvática.



Quién diría que una provincia tan pequeña y tan lejos de mi tierra natal inundaría mi corazón de alegría, regalándome numerosos amigos e invitándome cada día más a comprometerme con la Predicación y el trabajo solidario.



El convento se volvió un lugar de mucha vida y oración. Al igual que Santo Domingo me sentía con el entusiasmo y la convicción de "hablar de Dios a los hombres y de los hombres a Dios".

Tuve la gracia de que muchos laicos acompañaran y animaran también mi compromiso, junto a ellos fundamos numerosas asociaciones donde nuestras acciones se acompañaban con la oración, el trabajo por los más necesitados y la vida fraterna.

Con mucho esfuerzo y la colaboración de tantos generosos laicos amigos del convento, pudimos terminar la construcción del templo de Santo Domingo en 1884.

Por supuesto que a veces la tristeza y el dolor me invadían al ver la pobreza, las condiciones laborales de los campesinos en los cañaverales, el hambre y las injusticias sociales; pero una de las cosas que más me dolía era, muchas veces, la indiferencia de muchos.

Sobre estos temas conversábamos con jóvenes inquietos que frecuentaban el convento, entre ellos recuerdo a Ernesto Padilla, Alberto Rougés y Juan B. Terán. Comenzamos a pensar en las leyes que eran necesarias formular para que el orden social pueda ser transformado.



Me dediqué a preparar conferencias y a publicar en la prensa artículos, cuyos contenidos ayudaran a tomar conciencia sobre las injusticias sociales que había.

Influido por el pensamiento social del Obispo alemán Von Ketteler, me daba cuenta que si veíamos el dolor de esta pobre gente y nos quedábamos indiferentes, esto significaba que no teníamos alma en nuestro cuerpo ni corazón en nuestro pecho.

Desde entonces comenzamos a soñar con el cambio de este orden social injusto.

